



Domingo IV Tiempo Ordinario

(ciclo A)

29 de enero de 2023

I - NOTAS EXEGÉTICAS

Sof 2,3; 3,12-13

Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde

En este clásico oráculo del profeta Sofonías -uno de los doce profetas menores, s. VII a.C.- encontramos una de las más luminosas descripciones del “espíritu de pobreza” en el Antiguo Testamento. Los pobres de la tierra, los *anawim*, son las personas humildes y abiertas a Dios, los que cumplen sus preceptos (2,3) y esperan en él. Es a partir de estos pobres que nacerá una nueva humanidad, “un pueblo sencillo y humilde que buscará refugio en el Señor” (3,12).

“Buscad al Señor, todos vosotros, pobres de la tierra” (2,3) es el anuncio que el profeta Sofonías dirige a un Israel inmerso en una época de letargo político, social y religioso. Son ellos, los humildes y sencillos, el resto de Israel, un verdadero signo de esperanza para todo el pueblo y una expresión viva de la presencia del Señor en medio de su pueblo.

Sofonías pide a los humildes que busquen al Señor, que busquen la justicia, la moderación, que cumplan sus mandamientos, para ver si así alejan y se resguardan del día de la ira del Señor. Por lo visto, muchos en el pueblo estaban viviendo de espaldas a Dios y el Señor es consciente que el llamado que hace a través del profeta probablemente no lo escuchan todos, sino un pequeño grupo, un pequeño “resto” que se destacará porque no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera. Ese resto será fiel a los mandamientos, fiel a la palabra de Dios.



Salmo 145, 7. 8-9a. 9bc-10

Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos

En esta bella composición poética se contraponen la suerte del que confía en el hombre y la del que confía en Dios. Es el primero de los cinco salmos «aleluyáticos», que cierran el Salterio. En él abundan las reminiscencias de otros salmos y textos bíblicos, y abundan también los paralelismos sinónimos. Los arameísmos prueban que fue redactado en época postexílica.

Con frases estereotipadas, el salmista inicia su poema exhortándose a sí mismo a *alabar* a Yahvé. La idea central del salmo es la confianza en Dios, de quien únicamente puede venir el auxilio seguro al hombre. En consecuencia, es inútil confiar en poderes humanos, por muy altos que sean, pues los mismos *príncipes* dejan de existir y después de la muerte no pueden prestar ayuda a nadie. Sólo *el Dios de Jacob* puede inspirar verdadera confianza, pues es el mismo que ha formado el cielo y la tierra, y, por otra parte, es *fiel* a sus promesas de protección a sus devotos.

Especialmente muestra su solicitud y favor con los necesitados: los oprimidos, los hambrientos, los ciegos, los peregrinos, los huérfanos y las viudas. Ese Dios providente y justo tiene su morada en *Sión* y desde ella mantiene su dominio por la eternidad. El salmista no menciona las promesas de engrandecimiento hechas a la ciudad santa, pero, conforme a los vaticinios proféticos, exalta la situación privilegiada de Jerusalén, centro de la teocracia hebrea.

1 Corintios 1, 26-31

Dios ha escogido lo débil del mundo

Este texto forma parte de la argumentación utilizada por san Pablo contra la actitud de autosuficiencia religiosa de los corintios y su desmesurada valoración del saber y de la retórica de los predicadores que los ha llevado a dividir la comunidad en minúsculos grupos y, lo que es peor, a olvidarse de “la sabiduría de la cruz”. Dios no se ha manifestado a través de la grandeza de la retórica o la imposición del poder, sino que en el límite de la angustia y del aniquilamiento de la cruz de Jesús ha querido mostrar la potencia de su amor para salvar a los hombres.

Esta “sabiduría” o “lógica” de la cruz se manifiesta también en la gratuidad de la elección de los cristianos de parte de Dios. Los mismos miembros de la comunidad de Corinto son el mejor argumento para probar la validez de la sabiduría de la cruz como principio constitutivo de la vida cristiana y de la comunidad eclesial. Ninguno de ellos podría ostentar títulos, méritos personales o de clase, para justificar su elección, pues “nadie puede presumir delante de Dios” (v. 29). Con razón Pablo concluye diciendo: “De él os viene que estéis en Cristo Jesús” (v. 30).



Mateo 5, 1-12a

Dichosos los pobres en el espíritu

El llamado “Sermón de la Montaña” cuya lectura comenzamos hoy y que proseguirá por algunos domingos, es el primero de los cinco grandes discursos de Jesús que encontramos en este evangelio. Mateo, fiel a su intención de presentar a Jesús como el “nuevo Moisés”, recopila su enseñanza en cinco bloques, como si de un nuevo Pentateuco –los cinco libros de la *Torá* atribuidos a Moisés- se tratara. Los otros cuatro discursos: el misionero (9,36-11,1), el parabólico (13), el comunitario o eclesial (18) y el escatológico (24-25), completarán esta Carta Magna que definirá el estilo del pueblo de la nueva alianza.

Este primero ocupa tres capítulos (5-7) y constituye la “perla” del evangelio de Mateo y se abre con la proclamación de las bienaventuranzas. Se evoca desde el comienzo la proclamación de la Ley de la alianza por parte de Moisés haciendo referencia, en la intención de Mateo, a la constitución del “nuevo Israel”, sobre la base de la palabra de Jesús.

En ese sentido, podemos recibir las bienaventuranzas como las actitudes características de esa novedad; la propuesta de un nuevo estilo, alternativo a la cultura dominante, que nace de una *comprensión* profunda de lo que somos. Por eso, no deben entenderse en clave “moral” –como si constituyeran una serie de mandamientos o exigencias-, sino en clave de “sabiduría”, como llamada a despertar y a crecer en aquella misma comprensión de la que hablaba.

Utilizando un género literario conocido en la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, el *macarismo* (Sal 1,1; 32,12, Prov 3,3), inicia su ministerio proclamando el Reino como camino de felicidad para los hombres. El “macarismo” es una forma literaria con la cual en la Biblia se felicita a alguien por causa de un don que ha recibido (Mt 13,16; 16,17) o para declarar dichosa a una categoría de personas por algún motivo particular (Mt 11,6; Lc 11,28). Con las bienaventuranzas Jesús proclama quiénes son las personas que se encuentran en la situación más propicia para recibir el don del Reino de Dios. Las formulaciones de Mateo (Mt 5,1-12) y de Lucas (Lc 6,20-26), quienes nos ofrecen dos versiones de las bienaventuranzas, nos ayudan a remontarnos hasta el estadio profético en que Jesús en persona las pronunció.

A diferencia de Lucas –que habla de *situaciones*: los que son pobres, los que sufren, los que lloran...-, Mateo se refiere a *actitudes*, es decir a modos de situarse ante la realidad. Se subraya que Jesús se pone del lado de quienes sufren, ofreciéndoles la cercanía de Dios y una promesa de salida de su situación dolorosa. Se muestra un “modo de ver y de vivir” coherente con nuestra identidad más profunda, que constituye, por eso mismo, el camino de la dicha o bienaventuranza. No hay que olvidar que, en la mentalidad semita, las bienaventuranzas no son promesas de salvación para el futuro, sino *proclamación de felicidad ya para el presente*... Una felicidad a la que accedemos en la medida en que nos reconocemos en quienes realmente somos, saliendo de los engaños en los que nuestra mente nos introduce con tanta facilidad y que se constituyen en los grandes engaños de la vida.



Jesús no excluyó a nadie al anunciar el Reino y sus consecuencias e implicaciones. A todos anunció la buena noticia de Dios, pero esta noticia no puede ser escuchada por todos de la misma manera. En Jesús la misericordia de Dios urge antes que nada a que se haga justicia a los más pobres y humillados, por eso la dinámica nueva que establece la implantación del Reino es una suerte, motivo de alegría para los que viven explotados, mientras que se convierte en amenaza para los causantes de esa explotación.

Jesús declara de manera rotunda que el reino de Dios es para los pobres. Son ellos los que necesitan escuchar antes que nadie la noticia del reino. No los invita a la resignación, sino a la esperanza. No quiere que se hagan falsas ilusiones, sino que recuperen su dignidad. Todos tienen que saber que Dios es el defensor de los pobres. Ellos son sus preferidos. Si su reinado es acogido, todo cambiará para bien de los últimos. Esta es la fe de Jesús, su pasión y su lucha.

Librará al pobre que suplica, al desdichado y al que nadie ampara. Se apiadará del débil y del pobre. Salvará la vida de los pobres, la rescatará de la opresión y la violencia. Su sangre será preciosa ante sus ojos». La conclusión de Jesús es clara. Si algún rey sabe hacer justicia a los pobres, ese es Dios, el «amante de la justicia». No se deja engañar por el culto que se le ofrece en el templo. De nada sirven los sacrificios, los ayunos y las peregrinaciones a Jerusalén. Para Dios, lo primero es hacer justicia a los pobres.

Probablemente Jesús recitó más de una vez el salmo de este domingo que proclama algunas y consoladoras acciones de Dios: el que hace justicia a los oprimidos, el que da pan a los hambrientos, libera a los condenados, el que protege al inmigrante y sostiene a la viuda y al huérfano. Esto mismo se refleja en la bella oración que encontramos en el libro de Judit: «Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados». Así experimenta también Jesús a Dios.



II - PISTAS PARA LA HOMILÍA

- **El “resto de Israel” que describe la primera lectura somos hoy los cristianos**, los católicos que con convicción vivimos nuestra fe y tratamos de cumplir los mandamientos. Pequeño resto, porque muchos son los bautizados, muchos los que se dicen cristianos, pero en verdad pocos los que se destacan por el cumplimiento de las leyes de Dios con el agravante de vivir en medio de situaciones y ambientes hostiles a la fe.
- **Las Bienaventuranzas constituyen la gran síntesis del anuncio y del mensaje de Jesús.** Son al mismo tiempo gracia y compromiso, buena noticia para los pobres y programa de vida para los humildes y limpios de corazón. Las bienaventuranzas, y en general el sermón de la montaña, no son un cúmulo de normas y leyes que se deben observar escrupulosamente. No son tampoco una lista de los deberes del cristiano delante de Dios. Las Bienaventuranzas celebran el primado de la gracia de Dios que elige a los pobres para realizar su designio de salvación y de vida. Son la gran proclamación programática de Jesús que busca crear un mundo de personas abiertas y disponibles, libres y generosas.
- **Vivir el espíritu de las bienaventuranzas es vivir en la confianza plena en Dios**, tener el corazón de pobre, ser limpio de corazón... etc. Jesús es el primero en identificarse y en vivir el espíritu de las bienaventuranzas y así el discípulo también asume el estilo de vida del Maestro y pone como opción primera y fundamental de la vida el Reino de Dios y su justicia.
- **La vida del hombre justo se caracteriza por estar en las manos de Dios.** No se le ahorrarán las pruebas de aquellos que obran mal. Un proceder con el que se quiso experimentar si Dios estaba con Jesús: «Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora». Vana pretensión. La confianza de Jesús en Dios fue de esa índole. El Padre, por ello, lo arrebató de la muerte.
- **Aceptar y asimilar el mensaje del evangelio compromete a vivir el mismo estilo de vida de Jesús** y su opción preferencial por los pobres y desheredados para procurar remediar sus necesidades. Esto se convertirá en un testimonio fehaciente de que nuestra suprema riqueza es Cristo para ser auténticos mensajeros de la alegre noticia para los pobres. La sociedad actual necesita conocer comunidades cristianas marcadas por este espíritu de las bienaventuranzas. Sólo una Iglesia evangélica tiene autoridad y credibilidad para mostrar el rostro de Jesús a los hombres y mujeres de hoy.
- **Vivir la espiritualidad de la sinodalidad**, según las decisiones asumidas por nuestra Iglesia particular de Bogotá, junto con la de contribuir al desarrollo humano integral de todas las personas, especialmente de los más pobres y vulnerados, nos llevará a proclamar la bienaventuranza sobre aquellos que no tienen nada que esperar de los príncipes de este mundo y cuya única posibilidad es la fuerza liberadora del Señor.



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

III - SUBSIDIO LITÚRGICO

Mención de entrada

Bienvenidos, hermanos, a nuestro encuentro fraterno en la celebración semanal de la pascua de Cristo. En este cuarto domingo del tiempo ordinario, al que bien podríamos llamar «Domingo de las bienaventuranzas», el Señor nos quiere transformar interiormente y hacernos gustar el secreto de la verdadera felicidad. Iniciemos la celebración de este encuentro salvador.

Mención a las lecturas

Comienza hoy el sermón en la montaña que estaremos escuchando parte en los siguientes domingos. La opción preferencial de Dios por el pobre y el humilde resaltan hoy en la palabra que escucharemos, desde la primera lectura que anticipa la del evangelio.

Al igual que los discípulos en la montaña se dispusieron a escuchar el sermón de Jesús, nos preparamos con mucha atención también nosotros a escuchar la palabra que hoy nos será dirigida para asimilar el espíritu de las bienaventuranzas.



Oración de fieles

Presidente

El Espíritu de Jesús es el autor principal de la oración de la Iglesia; confiados en su inspiración interior elevemos al Padre nuestra oración haciendo nuestros los anhelos y esperanzas de todos los hombres.

R/. Escúchanos, Padre. En ti confiamos.

1. Por toda la santa Iglesia, para que aceptando el proyecto de las bienaventuranzas que Jesús nos propone, en toda palabra y obra sea testigo claro del Señor Jesús y de la verdadera riqueza que es Dios. Oremos.
2. Por los líderes del mundo, para que Dios les dé la gracia de trabajar unidos por custodiar la dignidad de todo hombre y, renunciando a sus intereses personales, promuevan la justicia y el cuidado especial de los pobres y vulnerables. Oremos.
3. Por cada una de nuestras familias, para que aprendamos cada día a ser verdaderos discípulos de Jesús, caminando junto a Él, descubriendo los caminos del Reino y aprendiendo a servir viviendo en el espíritu de las bienaventuranzas. Oremos.
4. Por los más necesitados de nuestra sociedad, especialmente los pobres, los que lloran, los que sufren marginación y discriminación, para que Dios se haga presente en medio de ellos y les brinde su ayuda y su consuelo. Oremos.
5. Por todos nosotros y nuestra comunidad, para que Dios nos dé la gracia de sentir su presencia en nuestra vida cotidiana, y de conocerlo como nuestro compañero constante en tiempos de soledad, nuestra alegría en tiempos de sufrimiento y nuestra esperanza segura en tiempos de incertidumbre. Oremos.

Presidente

Mira, oh Padre, el rostro de tu Hijo y acoge la oración de esta familia tuya que confía en ti, para que seamos signo y primicia de la humanidad nueva redimida por tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.